



Mercy Acción global: Presencia de/con/para Dios

Amanda Carrier rsm (Americas)

La pandemia nos obligó a detenernos. Nos obligó a estar quietos, a hacer un balance y a reflexionar. Sin la rutina ocupada de nuestras vidas normales, podíamos ver a los pobres y a los enfermos, a los marginados y a los oprimidos con nuevos ojos. El Covid-19 destacó las injusticias sistémicas, la desigualdad y la marginación, pero también nos atrajo, individual y colectivamente, a la presencia de Dios. Aunque la pandemia nos agobió, podemos escuchar la presencia de Dios —en la pérdida, la esperanza y la nueva normalidad— llamándonos a reconstruir mejor.

Cada uno de nosotros perdimos algo cuando el Covid-19 tocó nuestras vidas. Algunas pérdidas fueron físicas: trabajos, hogares, salud o la vida misma. Las pérdidas intangibles dieron lugar a la tensión emocional que todos experimentamos como resultado de la pandemia. Sin la libertad de movernos, de estar cerca de nuestros seres queridos o de sentirnos seguros, luchamos para sobrellevarlo. Además, experimentamos estas pérdidas en nuestro aislamiento, que es una pérdida en sí misma. Sin embargo, la experiencia de la pérdida nos conectó a todos. Todos en todas partes compartieron esta experiencia juntos, y esto nos dio un contexto común sin precedentes en una escala global.

La realidad global de la pandemia nos llama a estar presentes para toda la humanidad y la Tierra, ya que esta crisis puso de relieve las injusticias existentes, las desigualdades sistémicas y la opresión. La vivienda, la violencia, la migración, la alimentación y el agua, y nuestras instituciones políticas mostraron desigualdades flagrantes a medida que el Covid-19 se extendió por todo el mundo. A la luz de la pandemia, vemos lo lejos que aún debemos llegar en la lucha en curso para alcanzar una sociedad justa y equitativa. La realidad puede abrumarnos a medida que damos testimonio de los beneficios que se valoran sobre las personas y la Tierra.

Nuestra presencia al grito de los oprimidos bajo la presión de nuestra experiencia común de la pandemia generó un impulso para el cambio. El impulso, cultivado a través de la integración individual y comunitaria de nuestra experiencia de Covid-19, viene con un sentido de urgencia. No debemos perder nuestro impulso y la voluntad política de actuar en esta época de pérdida. No debemos pasar por todo este sufrimiento sólo para volver a la vieja normalidad.

Ya podemos vislumbrar la nueva normalidad en las acciones simples y heroicas de los trabajadores esenciales y las personas promedio que responden al Covid-19. La «pandemia de la bondad» estalló con coraje, expresión artística, creatividad y generosidad. La «pandemia de la bondad» es un testimonio de resiliencia y esperanza humanas. Es una efusión de compasión y solidaridad, en la que podemos evolucionar si permanecemos presentes en el movimiento.

Si bien hay mucho que hacer en todo el espectro de la promoción social, desde las bases hasta el escenario mundial, honrar la «pandemia de la bondad» ayuda a animarnos y alestarnos. La importancia de sostener este movimiento positivo no puede subestimarse porque, así como estamos presentes ante Dios frente al sufrimiento y la pérdida, también estamos presentes en actos de compasión y solidaridad. Para mantener el impulso del cambio hacia una nueva normalidad, debemos reflexionar sobre la presencia de Dios en las acciones bondadosas de los demás.

El contraste entre la pandemia de Covid-19 y la «pandemia de la bondad» recuerda la larga tradición de la Misericordia de servir a los enfermos, especialmente la respuesta de nuestras primeras hermanas a la epidemia de cólera en 1832. El compromiso constante de Catalina con los enfermos combinaba contemplación y acción, manteniendo unida la presencia de Dios y la presencia a los necesitados de misericordia. La experiencia de Catalina de la presencia de Dios en todos los que sirvió constantemente refrescó su sentido de la llamada a ser misericordia en un mundo que sufre.

Nuestro llamado continuo a seguir los pasos de Catalina y ser misericordiosos en el mundo de hoy, en el contexto de la pandemia de Covid-19, nos presenta una oportunidad. Trabajando para responder al llamado de Dios a servir, nos convertimos en co-creadores con Dios. Ese espíritu de co-creación con Dios ahora encuentra voz en la obra que tenemos ante nosotros: formar una sociedad justa. La llamada a buscar la justicia y a ser misericordiosos puede guiar la transición a una nueva normalidad.

Es imperativo ahora asegurarnos de que nadie se quede atrás mientras el mundo se enfoca en recuperarse física, económica y socialmente del Covid-19. Debemos elevar las voces de los marginados, los oprimidos y la Tierra para garantizar un futuro más equitativo y sostenible. Es importante incorporar nuestra presencia ante Dios en la obra de recuperación porque esto centrará nuestro enfoque en defender la dignidad inherente a todas las personas y al planeta. Mantener la dignidad en el centro de nuestro trabajo como Familia de la Misericordia nos ayudará a hacer más que solamente recuperarnos; asegurará que reconstruyamos mejor.